

La educación superior y la universidad vistas desde la educación popular: desafíos y tensiones



María Rosa Goldar

Magíster en Ciencia Política y Sociología (FLACSO). Educadora popular. Docente de la Universidad Nacional de Cuyo.

Introducción

El presente texto recoge —a modo de reseña— las ideas vertidas por la autora en el primer encuentro del ciclo de “Aptapi¹ por la educación popular. A 100 años del natalicio de Paulo Freire”, que llevan adelante las cátedras de Educación popular sede San Pedro y sede San Salvador, y la cátedra de Sociología de la educación, sede San Salvador de la Universidad Nacional de Jujuy, Argentina.

El título del encuentro fue: “Pública y popular. Hilando historia y desafíos en el vínculo educación superior y educación popular”; participé como expositora junto con Luis Rigal y Natalia Ríos y se desarrolló el 17 de junio de 2021.

Del encuentro virtual participaron estudiantes, integrantes de organizaciones sociales, profesores y se centró en torno a la importancia de la formación universitaria desde las pedagogías críticas y la educación popular (EP) y cuál es el lugar de la universidad en el territorio y qué le exige la EP a la universidad. El propósito fue poner en diálogo la relación que tiene la universidad con los sectores populares, pensar qué de popular incorpora la universidad pública y los componentes políticos pedagógicos de esta relación.

El presente texto recoge una serie de reflexiones que quien escribe realiza a partir de su experiencia como docente e investigadora universitaria cuya formación y acción militante y profesional desde el trabajo social, la he desarrollado en diversos procesos y espacios organizativos de educación popular. Cabe destacar, además, si bien desde hace ya varios años, es desde el desempeño como docente e investigadora que he realizado tareas de “extensión universitaria”, mis primeras experiencias vinculadas a la extensión las he tenido siendo parte de organizaciones sociales. Es decir, que bastante de lo que críticamente puedo reflexionar hoy sobre la relación entre universidad y organizaciones sociales es desde una relación estando por afuera de la universidad y visualizándola desde esa función de “extensión”, de cuando la universidad se abre a proyectos con

1 *Aptapi* o *aptapi* es el nombre de una celebración colectiva aymara en la que se comparte alimentos y saberes. El nombre deriva del verbo aymara *aphtapiña*, que significa “traer”, ya que la celebración supone que cada asistente lleve un alimento para la comida comunitaria.

organizaciones sociales, estando yo del otro lado de la universidad, formando parte de esas organizaciones.

La redacción del texto conserva la primera persona y mantiene el lenguaje coloquial propio del formato de conversatorio que tuvo el encuentro. Si bien este tuvo preguntas disparadoras para la presentación inicial de quienes fuimos panelistas y luego hubo intercambio con lxs participantes, la estructura del texto responde a un ordenamiento posterior.

La educación superior y universitaria en el actual contexto histórico, punto de partida para pensar desafíos

Una primera cuestión que me parece importante plantear al momento de hacer una reflexión crítica sobre el vínculo entre universidad y sectores populares, en el caso de la Argentina, pero que puede extenderse para América Latina y el Caribe, para quienes nos reconocemos como educadorxs populares, es que hoy pensar la universidad desde un compromiso con los intereses de mayorías populares reviste al mismo tiempo un problema y un privilegio. Un problema, en tanto se requiere sostener una crítica al carácter elitista y excluyente que reviste la práctica universitaria y que como institución el sistema universitario reproduce los intereses de la clase dominante y las desigualdades propias de la sociedad en que inscribe su quehacer. Pero, al mismo tiempo, es un privilegio poder hacer esta crítica desde un sistema de universidad pública y gratuita (como es en Argentina) que es preciso defender. Es decir, hacer un ejercicio de la crítica de la universidad y de la educación superior pública en el marco de considerarla como un bien colectivo al cual debemos defender. Entonces, por un lado, la necesidad de transformar ese paradigma de universidad elitista y excluyente, pero a la vez hacer una defensa de la universidad pública y gratuita frente a los ataques y embestidas que el proyecto neoliberal hegemónico en América latina y en el mundo tiene para la educación superior y la universidad. En ese sentido es que hablo de problema y privilegio al mismo tiempo.

Ese problema y ese privilegio nos colocan frente a la importancia de la defensa de algo que sabemos que tenemos que transformar para que efectivamente esté al servicio de un proyecto emancipatorio, de un proyecto liberador como desafío desde el horizonte de la educación popular latinoamericana. Es por ello que necesitamos tener una mirada que no la analice única ni exclusivamente como institución de reproducción, sino que, en perspectiva freiriana, poder pensarla como un campo educativo en disputa para que sea a favor de los intereses populares. Desde allí, nuestra acción en tanto educadorxs populares que actuamos desde la universidad y la educación superior, nuestro quehacer militante tiene este doble carácter, defender lo que hay y, a la vez, transformar eso que hay.

Los desafíos no podemos entenderlos en un vacío o una permanencia ahistórica; los desafíos son contextuales y estamos en un contexto de una fuerte ofensiva neoliberal que pretende convertir los servicios públicos (en este caso, la educación superior) en mercancías. Y estamos, además, en un tiempo que creemos será de inflexiones en muchos campos producto de la pandemia que estamos viviendo. La misma exacerbó no sólo las desigualdades sino que aceleró y puso de relieve las características de una crisis civilizatoria de orden planetario. Para nuestro caso necesitamos decir que ha hecho visible un término que por ahí era más reservado o propio de algunos círculos o de espacios de debate intelectual, que es el de capitalismo cognitivo. La noción de *capitalismo cognitivo* nos permite dar cuenta de cómo el conocimiento, en tanto bien intangible pero que tiene valor, puede ser reproducido indefinidamente sin costos

adicionales y tiene un alcance de producción global. Por eso hay políticas de ajustes para la universidad pública y la educación superior, y hay una embestida fuerte sobre ella desde propuestas neoliberales y mercantilistas.

Esto en un contexto de desigualdad, de incremento de las desigualdades históricas, hace que estemos probablemente frente a nuevos desafíos que tienen que ver en esta etapa también con la definición de una nueva periferia marcada por las dificultades en el acceso a las tecnologías y a los dispositivos que viabilizan su acceso. Por ello, si nuestro posicionamiento es de defensa de los intereses populares, implica colocarnos en este contexto, en este momento histórico y que eso acentúa de alguna manera la necesidad de esta mirada crítica a nuestro ser y a nuestro hacer en la universidad desde nuestra identidad de educadores y educadoras populares.

Podemos entonces aquí señalar que, para pensar la relación entre universidad y sectores populares en la actual coyuntura histórica, desde la mirada de la educación popular, cobra sentido retomar lo ya planteado por Paulo Freire de que se necesita pensar a favor de qué y para quién hacemos investigación, a favor de qué y para los intereses de quiénes enseñamos, con qué intereses y a favor de quién hacemos extensión desde la universidad y la educación superior.

Universidad y territorio

Cuando se plantea la pregunta por cuál es el lugar de la universidad en el territorio, es una pregunta que podría responderse en un doble sentido y reconocer en ambos los desafíos.

Por un lado, a partir del reconocimiento del carácter elitista de la universidad, vemos que esto tiene expresión también geográfica y topográficamente: tiene un lugar propio y separado del resto de la sociedad; los campus universitarios como delimitación física del lugar desde donde se ejerce la vida universitaria. Para el caso de instituciones de educación superior no universitaria, hay que reconocer que han tenido mucha más vocación por tener una presencia “territorializada”, por decirlo de alguna manera, y de acercamiento territorial, garantizando de este modo el acceso a la educación superior en los territorios.

Pero la universidad sigue conservando eso de un lugar propio que hasta lo ha erigido físicamente. Entonces, la forma que ha tenido la universidad para acercarse al territorio ha sido fundamentalmente creando la función de la extensión universitaria. Pareciera que la universidad, al constituirse como un ente separado de la sociedad, crea una función que le permite acercarse a la sociedad y para eso “se extiende” fuera de sí para alcanzar a esa sociedad. Sin embargo, la contracara de ello es que más que plantearse en qué medida o en qué sentidos la universidad desarrolla esa función de extensión, la pregunta que cabe es qué universidad para qué modelo de sociedad, y a la inversa, cómo un proyecto de sociedad elitista, meritocrático e instrumentalizador del conocimiento recrea un modelo de universidad que resguarda y reproduce esas condiciones sociales. Y siguiendo este planteo, el desafío democratizador sería entonces el de plantear la necesidad de que la universidad tenga una proyección territorializada, que la acerque a los territorios no sólo desde la extensión sino en la integralidad de su quehacer.

El segundo sentido que me interesa darle a esta pregunta y que —de algún modo— sería como contracara del sentido anterior, es la pregunta en torno a qué pasa cuando la universidad se convierte “en territorio” de sujetos no esperados y/o para quienes no fue pensada la universidad. Cuando por efecto de distintos factores se produce la

masificación del ingreso universitario y comienzan a llegar a la universidad sectores tradicionalmente excluidos de ella, la universidad se siente profundamente interpelada.

La pregunta sería entonces, ¿qué pasa cuando por efecto o producto de determinadas políticas, el acceso a la universidad tiene algún grado de masificación y por tanto comienza a ser *territorio* de sujetos no esperados? Es decir, qué sucede cuando sectores históricamente excluidos del acceso por distintos mecanismos de selección previa (más allá de que el ingreso sea restricto o irrestricto, hay mecanismos de selección que determina quiénes llegan a la universidad); qué pasa cuando por efecto de algunas políticas, los sectores para los que la universidad no fue pensada, hacen de ese espacio su territorio. Ahí entra el desafío: no es ya la pregunta por el lugar que tiene la universidad en el territorio, sino qué pasa al interior del sistema universitario cuando sectores para quienes no fue pensada hacen de la universidad *su territorio*. Ahí aparece una fuerte interpelación.

En este sentido, me parece que esa interpelación viene no sólo porque ingresan sectores socialmente no esperados (grupos empobrecidos, sectores marginalizados) sino porque la diversidad ingresa a la universidad. Entra en profunda tensión esa fuerte impronta homogeneizadora, que atraviesa todo el sistema educativo, pero que es particularmente arraigado en el mundo universitario. Es una profunda tensión porque, de todos los niveles educativos, el universitario es el que menos dispositivos tiene para la incorporación de la diversidad, ya sea cultural, lingüística, étnica o sexual, entre otras.

Creo que esa menor capacidad tiene que ver con algunos elementos constitutivos, y ahí coloco los desafíos para la universidad y la educación superior, desde la educación popular.

Uno es que la universidad no tiene como agenda lo pedagógico. En los modos que tiene la universidad en sus procesos de enseñanza-aprendizaje, el modo tradicional de asumir la enseñanza de la universidad es el del saber catedrático, es decir, un saber encapsulado que debe ser dado. Cuando uno se detiene a mirar la estructura de cátedra, hay quien en la cúspide tiene el saber, quienes ayudan a difundir ese saber y quienes reciben ese saber. Esa es la estructura de cátedra tradicional que tiene una fuerte resistencia a colocar la pregunta por el qué se aprende, cómo se aprende y qué pasa obviamente con los saberes de otros sectores y con la interpelación que colocan esos otros saberes al saber académico tradicional. Ya no solo cabe el planteo por el reconocimiento de otros saberes cuando la universidad *sale al territorio*, sino cómo procesa pedagógicamente e integra los saberes de esos sujetos inesperados, por decirlo de alguna manera, cuando ellos hacen de la universidad *su territorio*.

Y al no entrar en juego la pregunta por lo pedagógico ni dar cabida a esos otros saberes que circulan en la universidad portados por la diversidad de sujetos que hacen de ella *su territorio*, se produce una exclusión de universos simbólico culturales y por lo tanto se excluyen —desde esa acción cultural elitista—, en una exclusión también epistemológica. La exclusión no es de sujetos, sino una “exclusión iluminista” de esas otras epistemes. Por ello el segundo desafío, en este aspecto, se vincula a la necesidad de que en la educación superior y en la universidad, puedan realizarse planteos pedagógicos, ligados necesariamente a un replanteo epistemológico.

Universidad y sectores populares

Desde esta limitación propia del quehacer universitario señalada en el acápite anterior, y frente a la cual, la educación popular abre el desafío por la consideración de los otros

saberes que se encuentran no ya afuera sino en el propio ámbito universitario, cobra sentido la otra pregunta realizada sobre la relación que tiene la universidad con los sectores populares.

Desde el punto de vista de la extensión propiamente dicha puede decirse que esa relación ha revestido diverso carácter: pueden ser relaciones instrumentales, filantrópicas, políticas, de orden más academicista pero mayoritariamente en un canon político establecido claramente de separación y de transmisión de saberes y conocimientos universitarios hacia esos sectores. Es decir, la universidad y sus saberes en un lugar, y los sectores populares y sus saberes en otro. Si bien hay un cuestionamiento a esta forma de extensión universitaria, proveniente de las miradas de la extensión crítica que ha ido ganando terreno, esta no contrarresta aún el peso de la perspectiva tradicional transmisionista que continúa siendo hegemónica de vinculación entre universidad y sectores populares. Ese transmisionismo de los saberes de la universidad hacia los sectores populares ha supuesto la negación de los saberes propios de esos sectores. Por ello allí, el aporte fundamental de la educación popular tiene que ver con visualizar que la propuesta del diálogo de saberes y de la negociación cultural no son sólo un tema pedagógico sino fundamentalmente político y epistemológico.

Sin embargo, el gran problema de la universidad pública no sería con lo popular en tanto sea sinónimo de lo que está por fuera de ella y hacia quienes realiza “extensión”, sino cuando lo popular es sinónimo de lo plebeyo que ingresa a la universidad. Porque ahí es cuando el carácter sumamente elitista del quehacer universitario no tiene registro de que pueda orientarse a esos sectores. La universidad se ve a sí misma como responsable de formar los sectores dirigentes de la sociedad, con esa visión elitista y con un carácter marcadamente meritocrático.

Es por ello que cuando los sectores populares en su diversidad y heterogeneidad hacen pie en la universidad, entra en tensión la función homogeneizadora con la incorporación de la diversidad, no sólo como inclusión sino como incorporación de otros saberes y conocimientos que fueron construidos a partir de esa exclusión y de las opresiones a las que la universidad contribuye desde la supuesta “universalidad” de los saberes y desde la centralidad de un único tipo de conocimiento.

Es preciso entonces recolocar esta tensión desde las disputas de sentido que pretende dar la educación popular a esas miradas homogeneizantes, elitistas y meritocráticas propias de la universidad. Porque ya no se trataría de tener un programa o línea de extensión que, por ejemplo, trabaje con organizaciones o población LGTTBIQ+, sino que cuando personas de este colectivo ingresan a la universidad, sus intereses, saberes, identidades, conocimientos, experiencias, sean incorporados en la vida universitaria en toda su integralidad.

A modo de cierre: desafíos de la educación popular en la universidad

A partir de lo reseñado puede decirse que, articulada la perspectiva de la educación popular a los debates y planteos sobre la educación superior y la universidad, habría un doble desafío.

Por un lado, ella puede aportar desde su especificidad pedagógica con la noción de diálogo y la confrontación de saberes como constitutivo de la disputa de modelos educativos. Uno de los principales aportes que se puede hacer desde la educación popular tiene que ver con reconocer los espacios educativos como espacios de disputas porque,

como dice Freire en una entrevista: el sistema educativo tiene impresa una tarea que es la esperada y es que se reproduzca a sí mismo. Lo que no se espera en el sistema educativo es que a partir del reconocimiento de la contradicción como constitutiva de las relaciones educativas, es que haya elementos que a partir de la contradicción hagan de esto una posibilidad de transformación. Creo que esto que señala Freire para el sistema educativo en general, para el mundo universitario es totalmente desafiante en esta etapa histórica.

Por otro lado, otra tarea indispensable, siempre estableciendo la mirada desde el campo de la educación popular, es evitar que, en la articulación con el mundo universitario, haya un vaciamiento político de las propuestas que ha construido la educación popular y las pedagogías críticas latinoamericanas. Visualizar cuándo esas propuestas puedan ser fagocitadas vaciándose de la radicalidad transformadora que la educación popular posee y que, de algún modo, algunas de sus propuestas puedan estar resultando muy funcionales a ciertas necesidades del mundo universitario. Corremos el riesgo de una instrumentalización de las propuestas de educación popular en función de readecuar visiones tradicionales de la educación superior y universitaria, aggiornándose con algunas nociones y algunos conceptos propios de la educación popular y las pedagogías críticas. Creo que el gran desafío es que quienes provenimos desde esto que damos en llamar la *educación popular latinoamericana* y su potencial transformador y emancipatorio, no sea instrumentalizado en función de un lavado de cara de una universidad y de una educación superior que siga sirviendo a los intereses de los sectores dominantes.